



LA BIBLIOTECA DE LA HUEBRA, UN PROYECTO DE PATRIMONIO LITERARIO PARA LA SIERRA

Rafael Vargas

I LA BIBLIOTECA DE LA HUEBRA, UN PROYECTO LITERARIO

La Sierra es mucho más que la tierra, el clima, el aire, las tradiciones, su industria jamonera, la industria del corcho y sus gentes, por eso desde la Asociación Literaria Huebra, hemos asumido la defensa de una parcela muy importante y casi olvidada de nuestro patrimonio, como es el literario y lingüístico.

Desde esa necesidad de dar a conocer el patrimonio literario de nuestra comarca, de mucho mayor relieve del que delata su escaso conocimiento, nace el proyecto de *La Biblioteca de la Huebra*, surgido desde la Asociación Literaria Huebra, una asociación sin otro ánimo consciente que el de servir de cauce al conocimiento de la literatura serrana, pasada, presente o futura, y que pretende rendir homenaje y conferir memoria a la Sierra misma, propiciando también el desarrollo de las demás artes. Para ello la Asociación Huebra se vertebra en diferentes áreas:

- a) Colaborar en los eventos literarios más importantes de nuestra zona, como son los Encuentros de Escritores de la Sierra, La Velada de Poesía Erótica de Galaroza, además de otras actividades menores como son las lecturas poéticas en escuelas e institutos, etc... a fin de que nuestros más jóvenes se sientan interesados por el mundo literario.
- b) Fundar una revista electrónica en formato web, moderna y audaz, consolidada hoy como una de las revistas electrónicas y literarias más cu-



riosas y rigurosas del panorama español, y a la que se puede acceder con sólo marcar:
<http://hwebra.webjump.com>.

- c) Crear *La Biblioteca de la Huebra*. Este es el proyecto más ambicioso y más arriesgado que jamás se ha acometido en la Sierra, un verdadero viaje pleno de exploraciones y descubrimientos por la literatura de origen serrano.

La biblioteca de la Huebra es un proyecto editorial con una clarísima concepción serrana, donde se recogerán mediante una cuidada selección y edición, los libros más emblemáticos, raros, inencontrables e interesantes que la comarca ha dado en el pasado, sin olvidar, obviamente la obra en marcha de nuestros escritores actuales, éditos o inéditos.

Con el proyecto *La Biblioteca de la Huebra*, que a la fecha de hoy va por su tercer número, La Sierra va a disponer por vez primera de los mejores libros de autores y temas serranos reunidos en una sola colección, bajo un mismo criterio. Si partimos de la situación de la comarca, alejada tradicionalmente de los centros de decisión política y editorial, que la tradición impresora ha sido nula hasta el presente, salvando, es obvio, el reciente interés de determinadas instituciones por elaborar catálogos de tema serrano, la Asociación Literaria Huebra está adoptando una actitud valiente y emprendedora a favor de la cultura serrana, amén de su patrimonio, pues en sólo un año y medio de vida, ha sido capaz de poner en marcha esta colección de la que hoy hablamos. El mérito, con todo, no es ni puede ser sólo nuestro, pues careciendo de las más elementales disponibilidades económicas, la asociación ha recurrido a instituciones públicas (Los ayuntamientos de Jabugo y Aracena) y entidades privadas (La Caixa o La caja San Fernando) que han sabido entender y valorar como se merece nuestro proyecto.

En la aventura de *La Biblioteca de la Huebra* no sólo se escuchan las cítaras del verso y los pianos de la prosa, pues entre sus páginas tienen cabida por igual la poesía que el relato, la novela que el ensayo o la biografía, sin olvidarnos tampoco de nuestro acervo lingüístico.



Un aspecto interesante e importante de esta colección es el maridaje de la literatura con la pintura, con el dibujo y para ello colaborarán con nosotros los más importantes pintores y dibujantes de la zona, de forma que cuando un día se dé por concluida la colección quedarán dos auténticas antologías: una de textos y otra de dibujos.

Está claro que La Sierra debe aprender a valorar lo que tiene, y darlo a conocer con calidad y elegancia, y sólo entonces ocuparemos el lugar que nos corresponde. Es por eso que hemos cuidado hasta el último detalle nuestra colección, diseñada por Luís Felipe Comendador, uno de los más audaces editores y diseñadores editoriales de España.

Hasta la fecha hemos publicado tres volúmenes, de los cuales vamos a dar algunas, muy pocas pinceladas:

El número 0 de la colección corresponde a *La plenitud fugaz de la mariposa* de Rafael Vargas, un poemario de sorprendente arquitectura lírica y sugerente escenificación, donde se narran los escarceos eróticos de un hombre maduro y de su Lolita, escrito con un prodigioso sentido del lenguaje que nos recuerda en la formulación e intensidad metafórica a Vallejo, Lorca o Hernández.

La contrabandista de Jabugo y otros relatos de la Serra de Carlos Muñiz Romero, es un curioso y divertidísimo racimo de relatos salidos de la mano de uno de los mejores narradores de España, en el que el lenguaje serrano se entrelaza con nuestro paisaje, formando un grumo literario orgánico, de inequívoca belleza y plasticidad, divertido y a veces cruel.

El último patriota de José Nogales, de la que nos ocuparemos más adelante, es una novela maldita, valiente y sarcástica que nos devuelve a un Nogales ácido, crítico y comprometido con su tiempo, tanto que sus contemporáneos no supieron o no quisieron saber nada de una novela que bordeaba el terrorismo intelectual de su tiempo. En estos días de abril se cumple precisamente el centenario de su edición princeps, la única que existía hasta la fecha en que la Biblioteca de la Huebra la ha rescatado de un tan ominoso como sospechoso olvido. Podemos concluir, sin demasiado



riesgo a equivocarnos que nos hallamos ante el mejor Nogales, ante el más comprometido, demasiado incluso para las oscuras mentes de fin del siglo XIX y principio del XX. Concluyamos el repaso de este libro espléndido, diciendo que tras los enormes esfuerzos de Ángel Manuel Rodríguez Castillo, cuyos frutos visibles son los recientes ***Vida y obra de José Nogales*** o ***Antología de Artículos periodísticos***, se hacía necesaria la reedición de este libro que sin duda sorprenderá tanto como divertirá a los lectores del aracénés.

El proyecto no acaba en estos tres títulos, sino que continúa con la búsqueda de los mejores textos o los más desconocidos de nuestros antecesores ya fallecidos, en una lucha contra el reloj, porque en muchos casos nos encontramos con verdaderos problemas para recuperar como se merecen las obras de nuestros autores ya fallecidos, como ocurre en los casos emblemáticos de Sor María de la Santísima Trinidad, Daniel Florido, Fernando Labrador, Miguel Moya, Fermín Requena o Pérez Infante. La obra de Arias Montano, Jesús Arcensio, José Andrés Vázquez o Félix Lunar, han tenido más suerte, pues han encontrado el interés y el estudio crítico de relevantes personas que han sabido penetrar en su obra y darla a conocer, lo que no quiere decir que no vayamos a ocuparnos de ellos.

Al margen de los autores que nos dejaron, es interés de *La Biblioteca* dar a conocer a los escritores contemporáneos que tienen ya un nombre en el panorama nacional o extranjero como son Juan Delgado López, Manuel Moya, Hipólito Navarro, Rodolfo Recio, Carlos Sánchez, Augusto Thassio o Federico Martín Delgado, a los que hay que sumar los ya publicados Rafael Vargas y Carlos Muñiz Romero.

Pero nuestro inmediato interés no decae en este punto, sino que pretende también sacar a la luz a las más jóvenes promesas de la literatura serrana, a los que aún no tienen ningún libro en solitario y que merecen por su indudable calidad salir a la luz de las imprentas, como es el caso de: Ernesto Martín, Juan Antonio Muñiz, Ignacio Garzón, Gerard Illi, Elías Hacha, Felisa Zarza, Manuel López, etc...



Los objetivos de Huebra parecen, luego de todo lo dicho, bien claros: profundizar en los valores y en la idiosincrasia de una tierra que se manifiesta de forma inequívoca en la obra de sus escritores y contribuir con ello a engrandecer su patrimonio general y podemos asegurar que, a poco que nos acompañe la suerte, podemos descubrir páginas de enorme valor, páginas que pertenecen a todos nosotros a pesar del olvido, al que a veces las hemos sometido. Es posible que muchos de los textos que verán la luz en esta colección, de no ocuparnos inmediatamente de ellos, dentro de veinte años serían difícilmente recuperables, algo que debe hacernos reflexionar a todos sobre la urgencia de convertir a la literatura en un bien patrimonial, así como hacernos reaccionar, cada cual en su campo, sobre los estragos del tiempo sobre nuestra memoria. Olvidar a quienes nos precedieron sería tan injustificable como quemar una iglesia o destrozarse un retablo. Olvidarlos significaría, simplemente traicionar su espíritu.

No todo se puede traducir a valores económicos o políticos. La vida es algo más que números. También hay que invertir en alma. Porque no sólo de pan vive el hombre.

Los postulados de la Asociación Literaria Huebra consisten en poner el acento cultural y humano en una comarca que vive momentos de transformación, así como servir de motor a las propuestas culturales y literarias que vayan surgiendo.

Como todo tiene su peso y su medida, su textura y su tiempo, los que dirigimos el proyecto Huebra deseamos participar en cualquier foro donde se hable y discuta de las cosas de nuestro hábitat común y por eso que estamos hoy aquí, para haceros llegar nuestro aliento, pero también nuestro interés y nuestro respeto por todo lo que hacen las demás asociaciones.

II LA BIBLIOTECA DE LA HUEBRA, UN PROYECTO DE PATRIMONIO

Parafraseando a Raymond Carver, alguna vez nos hemos preguntado de qué hablamos cuando hablamos de patrimonio? Según la acepción del *RAE*, *patrimonio es la hacienda que una persona ha heredado de sus ascendien-*



tes, es decir, aquello que nuestros ascendientes han dejado para nuestro provecho, deleite, reflexión o custodia. Así las cosas, desde la Asociación Literaria Huebra albergamos la sensación de que en las Jornadas del Patrimonio de la Sierra celebradas hasta la fecha, la reflexión patrimonial ha venido a circunscribirse mayormente hacia el estudio de los fenómenos plásticos, arquitectónicos, etnográficos y económicos de la comarca, dejando para un segundo y marginal plano las cuestiones relacionadas con nuestro rico y pujante acervo lingüístico y literario.

Y es que el lenguaje es simple, necesariamente una construcción cultural, acaso la más trascendental y extraordinaria de todas, una manera de entendernos, de comunicar nuestra experiencia de vida, en definitiva, una manera de ser e involucrarse en la comunidad. Podríamos vivir sin unos referentes plásticos, podríamos vivir incluso sin una arquitectura, podríamos vivir sin una literatura, sin un folklore... pero no nos sería posible vivir sin unos códigos lingüísticos con los que mínimamente pudiéramos entendernos.

La labor primordial de la literatura es hacer de esos códigos lingüísticos, un terreno para la cristalización del pensamiento, un lugar donde quedan fijados los anhelos, las dificultades, la esperanza, la desesperanza, la sensibilidad de una comunidad. Es así que el discurso literario no es nunca un objeto concluso y cerrado en sí mismo, sino que se dirige indefectiblemente a la comunidad de cuyo carácter es frecuentemente su carácter. La literatura, como el folklore, como la arquitectura, como la plástica, habla de nosotros, responde por nosotros, es al fin nosotros, de ahí su importancia patrimonial. Difícilmente podemos acercarnos a quienes nos han precedido si no conocemos cuáles fueron sus pensamientos y cuáles fueron las formas de pasmarlos. La literatura ofrece, pues, el más alto valor patrimonial en una comunidad, pues es, de todas las artes, la que mejor recoge el soplo de lo humano latente, la incertidumbre, el desasosiego, las intuiciones, las esperanzas, los intereses... en definitiva, la propia vida. Y si bien es cierto que la literatura tiene un valor eminentemente individual, no lo es menos que el individuo que escribe, que fija su experiencia en un papel, refleja la pulsión de esa sociedad concreta, de ese tiempo concreto. No podemos leer *Mio Cid* como una simple epopeya, como la simple narración



de unos hechos concretos, ni tampoco como una construcción exclusivamente formal, pues entre sus versos encontramos un modelo de pensamiento, una forma de entender el mundo..., sino como un documento que nos ayuda a desentrañar las claves humanas, históricas y sociológicas de un momento. Igual podría afirmarse con respecto a **Los Milagros de Nuestra Señora** de Berceo, con cualquier poema arábigo-andaluz, con **El Quijote**, al **Lazarillo**, con la obra de Garcilaso, Mateo Alemán, Arias Montano, Gracián, Juan de Yepes, Juana Inés de la Cruz, Cadalso, Larra, Unamuno, Valle, Cernuda, Lorca, García Márquez, Borges o Rulfo, por poner ejemplos que todos podamos entender. El interés que nos siguen suscitando éstos y otros autores, éstos y otros libros, no se circunscribe al mero deleite artístico o literario, sino que va más, muchísimo más allá. Existe en todos ellos un inexcusable valor documental, un formidable valor de patrimonio por el que todos nos sentimos unidos. Más allá de las patrias o de los estados, lo que realmente nos une a todos es el reino de la palabra, la república de lo humano.

Es desde esta perspectiva eminentemente patrimonial que nace la Asociación Literaria Huebra, y por añadidura el ambicioso proyecto **La Biblioteca de la Huebra**, que hoy presentamos, un proyecto sin precedentes en esta tierra de población dispersa, de una clara tendencia natural e histórica al aislamiento, al ensimismamiento, y al corsé localista, acaso uno de nuestros mayores males y al que es necesario poner en solfa.

En este punto es acaso necesario dictar algunos ejemplos y paradigmas del inmenso valor que encierra para el patrimonio de todos nuestra literatura y nuestra lingüística, a fin de que el lector, la audiencia y los responsables culturales dediquen al hecho literario la atención que merece desde el mero punto de vista patrimonial, que es el que nos reúne aquí. Es evidente que podríamos razonar sobre otros autores que estarán o han estado presentes en la colección, pero hemos querido tocar estos casos concretos porque avalan por sí mismos, el andamiaje filosófico de **La Biblioteca de la Huebra**.

Comencemos la andadura por un libro, por un autor que no hemos publicado nosotros en la **Biblioteca de la Huebra**, sino que lo ha sido a través de la Asociación Cultural Senabra, a quien felicitamos. El libro, publicado



en México en 1956, tiene un inobjetable valor literario, pero es a la vez un exhaustivo documento que narra las vicisitudes de un hombre (Félix Lunar, Aroche, 1878- 1958 Estados Unidos), que lucha a brazo partido, a cielo abierto por su propia dignidad, por la dignidad de su gente. En sus páginas, escritas a modo de memoria de combate, se expresa, más allá de la concreta peripecia personal de Lunar, las condiciones sociales de una época y la lucha de la clase trabajadora por conseguir unas condiciones de vida dignas, acaso uno de los elementos centrales y recurrentes desde mediados del siglo XIX hasta nuestros días. Pero Lunar nos refiere en su libro las condiciones infrahumanas en las que se encontraban los trabajadores serranos y en sus reflexiones, en sus vivencias personales podemos situar bastantes de las claves del subdesarrollo social que ha padecido secularmente nuestra comarca. Sin la dura experiencia de Lunar, quien finalmente se vio obligado a marcharse a América, luego de innumerables batallas contra los poderes fácticos de su época, sin su testimonio escrito, sin su palabra acusadora y luminosa, es más que posible que no pudiéramos entender en sus últimos detalles las dificultades de esa lucha personal y colectiva que tantos hombres y mujeres libraron para que hoy podamos disfrutar de una situación evidentemente mucho más ventajosa en lo laboral y en lo social. La edición y aún la reedición de **A cielo Abierto**, de Félix Lunar no podemos entenderla estrictamente como un hecho cultural, sino como la apuesta de una asociación por entender su tiempo, por reflexionar sobre los valores de un tiempo que no podría ser enteramente descifrado sin echar una mirada atrás, hacia esos hombres que lucharon a cielo abierto por conseguir un mundo más vivible, más humano en definitiva.

La experiencia personal y literaria de José Nogales no es menos extraordinaria que la del citado activista y escritor de Aroche. Durante mucho, mucho tiempo a José Nogales se lo ha situado en los predios del costumbrismo. Ignorado de todos, Nogales (Valverde del camino, 1860-1907 Madrid) ha sido un autor sin suerte entre nosotros. Las pocas ediciones y reediciones que sobre él se han hecho a lo largo del siglo XX en nuestra tierra, prácticamente se circunscribían al conocido relato **Las tres cosas del tío Juan**; su novela **Mariquita León** y sus localistas leyendas de Aracena. Ha sido gracias al trabajo exhaustivo y generoso de Ángel Manuel Rodríguez Castillo, que hemos podido entender de forma definitiva el autén-



tico valor de este escritor serrano a quien la historia literaria, está dicho, pretendía estabular en el costumbrismo. Como ha demostrado el citado estudioso, la obra de Nogales es una auténtica y vehemente denuncia contra la situación moral, social, cultural y política de su país en un período especialmente gris de nuestra historia, en la trágica y definitiva caída del caballo de un imperio esclerótico desde hacía al menos tres siglos. La valentía testimonial del aracenes en los trágicos hechos del 4 de febrero de 1888 en Riotinto, conocidos como *de los tiros*, queda patente en sus agrios escritos de denuncia, que le valdrían, amén de escabrosos procesos judiciales, su transterramiento al Marruecos colonial, donde proseguirá su personal batalla por la justicia social. De vuelta a España funda periódicos y al fin, en 1901, un inesperado golpe de fortuna, lo coloca en la primera fila del periodismo hispánico, considerándose como una de las plumas más sagaces y sangrantes del periodismo de la época, o lo que es lo mismo, uno de los abanderados de eso que hemos dado en llamar el regeneracionismo, consecuencia y fruto de los desastres del '98. A través de sus columnas y de sus novelas, Nogales nos propone una oscura y ponzoñosa radiografía de España. Pues bien, esa radiografía que hunde sus raíces tanto en el nihilismo cuanto en el anarquismo, es hoy patrimonio nuestro, tanto como pueden serlo los castillos levantados por Sancho IV, los hallazgos de Cueva de la Mora, o la toponimia leonesa en nuestra comarca. Desde *la Biblioteca de la huebra*, hemos podido conjurar de la obcecación del olvido a que todo el siglo XX la tenía relegada, la novela *El último patriota*, una magnífica, extraordinaria obra que no había sido reeditada desde su primera impresión en los talleres Maucci de Barcelona, allá en 1901. Recuperar la obra de este grandísimo escritor es un hecho sin duda importante para todos nosotros, pero lo es más recuperar su significación, el valiente compromiso del escritor con su época.

Diferente es el interés patrimonial que suscita en nosotros la obra de Fernando Labrador, poeta ligado a Aracena y Zufre, un autor noctívago, peripatético y bebedor, en la más honda tradición de los poetas populares de la comarca, aquéllos que han legado de forma frecuentemente anónima sus composiciones y sus letras, para el rico cancionero serrano. Fernando Labrador, que no es un poeta especialmente interesante desde el punto de vista literario, ejemplifica con su obra, con su conducta, con su biografía,



los anhelos más sencillos y urgentes de los hombres y mujeres de esta tierra. Tras él, queda dicho, vislumbramos el eco de una tradición oral de primer orden, ya estudiada en el caso de la cuentística por figuras como Rodríguez Almodóvar. En una comarca como la nuestra, cerrada sobre sí misma, aislada del mundo, con unas características paisajísticas, etnográficas, sociológicas y económicas tan peculiares, el legado de la oralidad ha sido inmenso, encerrando en sí las claves de nuestro carácter. Fernando Labrador, como anteriormente otros muchos escritores anónimos, y con posterioridad figuras como Manuel Ordóñez y Julián Garzón, ambos de Higuera de la Sierra, Miguel Moya, de Alájar, Federico Martín, de Los Romeros, y tantos y tantos otros, han ido tejiendo sin duda alguna, de forma directa y clara, nuestra manera de entender el mundo, la naturaleza, la relación entre todos nosotros y de nosotros con la tierra y con el paisaje. Sobre ellos, sobre todos ellos, descansa el valor intemporal de la tierra que pisamos, es decir, nuestro patrimonio más radical, consecuentemente humano. Es por ello que *La Biblioteca de la Huebra*, consciente de la importancia de este legado, tratará de recoger el testimonio de estas voces, de este latido vivo de la tierra.

Los casos de Fermín Requena (Higuera de la Sierra, 1893-1973, Antequera) o José Andrés Vázquez (Aracena, 1884-1960, Sevilla) son de enorme interés también desde el punto de vista patrimonial. Ambos tuvieron antes de estallar el golpe militar del 18 de julio de 1936 un meritorio papel en lo que entonces se llamó ¡el ideal andaluz!, mano con mano con los históricos Blas Infante y Francisco Izquierdo, verdaderos padres de la llamada Patria Andaluza, embrión de lo que hoy es nuestra región autónoma. Tanto Requena cuanto Vázquez serán, aunque frecuentemente tapados, referentes del andalucismo tal cual hoy lo percibimos. Su legado literario queda así casi enteramente circunscrito a su acción política, por la que fueron concienzudamente silenciados tras la victoria franquista. En todo caso es necesario tratar de recuperar sus obras literarias, pues en ellas veremos sin duda reflejadas las tensiones y el compromiso vital de estos dos precursores del pensamiento andalucista.

Parecidas consideraciones nos hacemos al acercarnos a las obras de Daniel Florido (Santa Olalla, 1910 -1974 Algeciras) y el aún más desconocido Luis Fernando Pérez Infante (Galaroza, 1912-1968, Montevideo), es-



critores serranos que comparten el hecho de haber tenido que salir de su tierra a resultas de la guerra civil para ya nunca volver a ellas. Daniel Florido fue un hombre autodidacta que profesó desde muy joven los ideales del anarquismo para ya no abandonarlos jamás. El inicio de la guerra lo tomó en su pueblo natal, Santa Olalla, pero ante el miedo a una segura represión se marchó primero hacia el norte para, luego de mil penalidades, establecerse en Algeciras, donde fundó junto a Manuel Fdez. Mota y Antonio Sánchez Campos la revista *Bahía*, uno de los baluartes de la poesía andaluza en el período 1968-1974. La obra conocida de Florido se encuentra publicada en dos libros *Mi ruta*, y *De cristal*, siendo el último de ellos póstumo, editado por su compañero de aventuras literarias Manuel Fdez. Mota. Mucha de su obra, sin embargo, se halla completamente inédita, por lo cual se hace necesario recuperarla, como por otra parte ocurre con otros escritores serranos, como Miguel Moya o Manuel Ordóñez.

El cachonero desconocido Luís Fernando Pérez Infante es un caso tristemente singular dentro de la literatura serrana. En 1934 fundó la revista *Nueva poesía*, junto a Juan Ruíz Peña, donde publicaron los más valiosos poetas de la época, como Juan Ramón Jiménez, Jorge Guillén o su paisano Jesús Arcensio. Al acercarse el conflicto militar y mientras éste duró habría de colaborar en *El mono azul*, dirigida por Rafael Alberti y *Hora de España*, de la Alianza de Escritores Antifascistas, junto a Bergamín, Cernuda, Gómez de la Serna, Chabas, la Zambrano, César Arconada y otros. Acabada la guerra recaló en Francia, de donde salió rumbo a Chile en el celebrado *Winnipeg*, fletado en Burdeos por Pablo Neruda. De Chile pasó a Uruguay donde se estableció hasta su muerte sin renegar jamás de su convicción republicana. Lo cierto es que la obra de Pérez Infante nos es hasta la fecha enteramente desconocida, salvo por media docena de excelentes revistas que se pueden encontrar tanto en *Nueva poesía* como en las otras mencionadas. Parece ser que en Montevideo tuvo una vida bohemia y no excesivamente literaria aunque parece ser que llegó a fundar una revista. Los datos montevidianos los ofrecemos con una cierta precaución, pues estamos todavía en el inicio de nuestras investigaciones. El caso es que tanto con Florido como con Pérez Infante necesitamos seguir explorando en sus obras y en sus biografías y de paso describir decidida, fríamente las consecuencias sociales y culturales derivadas de la guerra del '36 para nuestra



comarca, que quedó literalmente destrozada. Ambos autores tuvieron que padecer en sus carnes el destierro, la iniquidad, la desazón de no poder volver a su tierra, pero también es necesario recalcar que fue su tierra quien se quedó sin ellos. Tanto Infante como Florido vienen a representar, pues, la larga larguísima nómina de serranos que por unos motivos extraños a ellos mismos se ven arrojados de su terruño, y es deber de todos, pero también de la Asociación Literaria Huebra reincorporarlos al acervo común, a su tradición, a su sitio, a su gente.

El último de los casos que voy a referir tiene como único protagonista nuestra lengua, nuestros particularismos lingüísticos que han sufrido tal agresión normalizadora que casi se ha perdido por completo su uso en los últimos 50 años, sin que exista la menor esperanza de recuperarlo. Es gracias al trabajo concienzudo de algunos estudiosos del fenómeno como Rodolfo Recio, o en otra escala, Carlos Muñoz Romero que ha quedado firme constancia de esos términos y de esos usos casi dialectales. En este sentido la actividad patrimonialista de *La Biblioteca de la Huebra* debe ser decisiva y así será, pues existen claros proyectos en esa dirección.

Hemos hablado de autores casi desconocidos, hemos hablado de libros inencontrables, hemos hablado de inéditos, de textos recuperados, hemos hablado de la lengua, pero en el fondo sólo hemos hablado de todos los hombres y mujeres de esta tierra y es sólo un hecho circunstancial el que los mencionados hayan dejado escritos sus pensamientos, sus particularidades, sus razones y sus desazones; en realidad ellos hablan por boca de todos nosotros, emisarios de nuestras grandezas y voceros de nuestras miserias.